

ANTONTXU

Ramón Múgica Lecuona

Aunque nuestras familias mantenían una gran relación, en la juventud es cuando cuajó entre ambos una sincera amistad. Nos empezaron a unir dos nobles aficiones, la música y la montaña. La primera con el Coro Parroquial, el Ochote Oarso, el Orfeón Donostiarra, la Coral Santa Cecilia con sus correspondientes giras locales y salidas a Francia, Italia, etc. Hicimos también algunos pinitos en el teatro y la zarzuela. Si ésta fue una ligazón fuerte también la montaña aunó nuestras voluntades. El "Púlpito" de Oyarzun y en Agreda su Moncayo y sus palomas nos hicieron pasar días felices. En el Urdaburu nos iniciamos en el montañismo puro, empezando por los montes de Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra y el Pirineo, pero sobre todos nuestro Aralar querido, con su refugio de Desao, fueron nuestras salidas comunes.

La amistad fue dejando huellas en mi alma y la satisfacción es casi plena, cuando te encuentras con el amigo humano y bueno, dos cualidades que para mi nunca se pueden separar y encuadran a la persona.

Cierto día me enteré de tu enfermedad y corrí a verte y, con la mirada fija pero serena, me susurraste al oído que una célula maligna se había alojado en tu cuerpo. Luego vinieron los largos meses, y en mis visitas semanales siempre te encontraba, animado en tu lecho, escribiendo, consultando fichas o corrigiendo el libro de tu entrañable "Touring", y siempre hablabas de tu resignación a la silla de ruedas y de seguir trabajando e investigando en tu propia casa.

Pero no pudo ser, las cosas no mejoraban, al contrario, me hablabas de los lacerantes cuchillos que se te clavaban y de tus grandes dolores. En un momento me agarraste de la mano y me empezaste a hablar como el loco de Asís del "hermano lobo", me citaste a la "amiga muerte" y al "hermano cáncer". Todo esto sin alterar la voz, con una gran entereza, dándome a entender que todo lo tenías asumido.

Yo, al volver por monte a mi casa, me paré a pensar más de una vez, en cómo se había forjado tu alma en medio del sufrimiento.

Y cómo una mañana en Aralar, saliste del refugio, y no volviste. Te habías perdido en la niebla. Yo, en esta ocasión, no salí a buscarte. Ni fui a casa del guarda, ni me asomé a las abandonadas majadas, ni miré por los húmedos apriscos, ni pasé a preguntar en las txabolas de los pastores. Yo sabía donde

estabas. En frente de Desao hay un pequeño montículo con una cruz y unos nombres. Allí te encontré, entre las rocas, profundamente dormido entre tus amigos y aferrado a tu montaña. ✍️

